

# Atenea

REVISTA MENSUAL DE CIENCIAS, LETRAS Y  
BELLAS ARTES. PUBLICADA POR LA  
UNIVERSIDAD DE CONCEPCION.

---

---

Año VI — Santiago, Diciembre de 1929 — Núm. 60

---

---

Mariano Picón-Salas

## TIEMPOS FEDERALES

(De un libro de vida venezolana.)

 NTREMOS ahora como en un paisaje que tuviera muchas figuras al fondo, algunas apenas esbozadas; rostros que dan un solo ángulo al relente de la luna, en las historias que cuentan mi abuelo Riolid y don Venancio. Ambos vivieron tiempos bravos: el cólera, la revolución federal. Pasan caudillos y bandidos. Tintinean sobre el pavimento, aferrallan el pavimento, las grandes espuelas del viejo Juan Araujo. El viejo Juan Araujo viene arrastrando su cobija paramera, alto y barbudo como la montaña, seguido de sus diez hijos, a pedirle justicia al Presidente del Estado, un día de 1882:

—O el Gobierno atiende mi reclamo de hombre honrado—dice el viejo—o me alzo contra el Gobierno. Mis muchachos conocen bien las picas andinas. Y bas-

ta que yo aparezca en el alto de la cuesta de la Mocotí para que mis ahijados de aquellos riscos, acudan a pedirle la bendición a su padrino.

Bravo, Juan Araujo. ¡Tan distinto a los hombres de ahora! No en balde los cantadores de ese tiempo le achacaban una copla:

A mí no me tose naide,  
naide me tose, ¡carujo!  
porque se rompió la cepa  
d'onde salió Juan Araujo.

.....

—Ahora, mi querido don Venancio, los hombres blancos como nosotros debemos asistir impasibles a esta merienda de negros. Y la barbarie es una pelota que cuando los llaneros se cansaron, la lanzaron a los andinos. Cayó en el pueblo de Capacho y la recogió un indiecito de pelo lanoso y muy remolón que se llamaba Cipriano Castro. Cipriano fué a consultarse con sus compadres. Todo esto es negocio de compadres con esa horrible solidaridad de los indios y los campesinos. Un compadre trajo al otro y éste a otro como en la Biblia: Abraham engendró a Isaac, Isaac engendró a Jacob y así sucesivamente. Contemple estas «cabezas chatas», estos indios de la Mulera, algunos de los cuales también tienen nombres bíblicos: uno se llama Melquisedec, el Coronel Melquisedec Cárdenas, y escupe por el colmillo....

Si Ud. busca las diferencias entre los llaneros y los andinos verá que unos tienen más de negros y otros más de indios, los llaneros son de piernas tiasas, los andinos caminan como plantígrados.

Durante la revolución de 1902 un general que no podía ver a la gente de Capacho, los reconocía entre los prisioneros, poniéndoles por delante un pavo y obligándolos a que lo nombraran:

—¿Cómo se llama ese animal?

Aunque se les hubiera advertido, era fatal que salieran llamándolo «pisco» prolongando la ese y nasalizando la palabra al modo de los cachacos colombianos: «pissco».

—Ajá, amigo—le decía el General—. ¿Con qué Ud. es de la Mulera? ¿Y no siente mucho calor por acá? ¿Y pa qué salió de Capacho?

Y llamando a uno de sus asistentes:

—Póngale al amigo un tortol. El que Ud. ya conoce. Hágale mucho cariño, mire que es andino.

Los gritos del hombre, pocos minutos después, indicaban que el asistente cumplía las órdenes. Y el asistente, con la fidelidad de un perro de presa, leal a su jefe como son todos los asistentes, sin conciencia, sin deliberación (alma enteramente virgen como una planta, como un animal; puro instinto guerrero y reproductor), volvía cuando el suplicio había terminado:

—Mi General, cumplí su comisión. Y hay que ver lo que lloraba el hombre: igual que un becerro manoncito.

Este asistente, tan cumplido ejecutor de las órdenes de su jefe, era el mismo que rezaba la oración del «justo juez» a cada evento de combate; y en ese como contraste vegetativo de su alma, así como el guayabo silvestre no sabe que es dulce ni el manzanillo que es venenoso, regalaba su cobija y dos fuertes, al pobre recluta semi-desnudo que trajeron un día al campamento, castañeteando de paludismo. Verdad que aquella cobija con su complemento en metálico, se la había tomado a un súbdito de la colonia siria, establecido en el pueblo de Píritu; ese turco tenaz que, a pesar de las revoluciones y las fiebres, se interna en todas partes con su baulito de quincalla.

Si el General era andino, la escena naturalmente ocurría a la inversa. Aunque los andinos además del tortol empleaban los «grillitos» de setenta y cinco libras. (Porque los andinos a diferencia de los llaneros y

costeros, más elocuentes e hiperbólicos, todo lo denominan en diminutivo.) Y han inventado dos palabras admirables para indicar ese tránsito forzoso de la vida a la muerte que es la lógica consecuencia de las «travesuras» políticas. (Una revolución se llama «travesura» en la casuística andina.) Las dos palabras son: «perjuicio» y «despachar el asunto».

—Tuvimos que hacerle perjuicio. Mi General Polidoro me mandó que despachara el asunto.

Ahora bajo el régimen andino la antigua barbarie regionalista y con color local, se convertía en nacional. Los gallináceos indistintamente se llamaban «piscos» o pavos. Cada pueblo—del litoral, de la montaña o del llano—era regido por un jefe civil andino. Y en los cuarteles de las capitales de provincia, enjalbegados de amarillo, el color del partido liberal y del miedo, después del rancho de la noche, en ese rato de franquicia, antes de la corneta de queda, se confundían en los cantos y músicas de los soldados el bambuco montañés con el joropo llanero.

Era entonces la hora, hora de los patos güiriríes que vienen en bandadas desde la tierra llana y acribillan la nublada noche montañesa con su aguda nota melancólica:

güiriri, güiriri, güiriri,

en que Juana Güiriri a quien llamada de este modo, por coincidir su aparición con la de dichos palmípedos, sale a la plaza a buscar el amor de los soldados. Ya la esperan como a una apaciguadora del instinto los milicianos libres de servicio. Y como el rancho que les da la democracia—pobres hombres vestidos de amarillo en quienes el instinto se junta con el calor de la tierra y la fiebre del paludismo—no les alcanza para un amor propietario, tienen en Juana Güiriri la mujer colectiva.

Juana Güiriri que siempre conoció el amor en forma multitudinaria—los arrieros que alojaban en los

cuartos de Calderón y los soldados del cuartel—recibe como la diosa de una tribu poliándrica, el tributo de sus hombres enardecidos. Ocho cuartillos hacen una peseta, dice Juana Güiriri, como los economistas ingleses. Luego —el reloj de la Catedral ha dado las nueve y la plaza de Cumbres no difiere en oscuridad y yerbas altas con el más espacioso potrero, Juana Güiriri tiene a la sombra de una acacia su glorieta de amor y ventura.

Siempre en estas andanzas había un soldado, el último, que llegó tarde a la distribución amorosa. Ora porque la corneta del cuartel vecino llamó a recogida o porque Juana Güiriri, agitando su racimo de cuartillos, ya se escabullía.

Era este soldado con su urgencia como aquel mono araguato que en los viejos cuentos venezolanos, se quedó en medio del río, mientras sus compañeros, en largo cordel llegaban a la orilla.

\* \* \*

Surgían de las conversaciones de los viejos detalles más históricos. De tanto oírlos hablar—siempre lo mismo: temas políticos—quedó en nuestro lenguaje e imaginación infantil algo desusado. Aprendimos a amar las fechas y a revestirlas de color y carácter como si fueran personas.

1858 partía la historia de Venezuela en dos mitades: la era de los blancos y la era de los negros. Y teníamos la sensación extraña de que las gentes de entonces reparaban en el fenómeno, y cuando el General Páez ordenó que arrendaran su casa en Valencia, su casa decorada con cuadros de batallas, a donde iban los letrados de Caracas enfundados en sus oscuras levitas a presentarle las últimas ideas constitucionales, inmediatamente—como un cambio de decoración en un teatro moderno—aparecían esos hombres horribles—

los federales—con el rostro que después le veremos a Martín Espinoza.

—Mi padre tenía el olfato de lo que sería la vida criolla y cuando fué al Congreso de Valencia, se opuso con otros abogados y hacendados (leyes y agricultura fué la república hasta 1858), a que se promulgara el fuero militar. Pero ocurrió un incidente no previsto: todos los enemigos del fuero estaban alojados en el mismo hotel. No les convenía separarse porque los militares les andaban buscando querrela. Del hotel al Congreso, muy discretamente. Y además había una epidemia de fiebre amarilla que a los hombres serranos como mi padre, en quienes pega más fuerte, les obligaba a ser precavidos. Pues, el día en que iban a votar contra el fuero, almorzaron como de costumbre en el hotel. Aparecieron entre las lechugas de la ensalada unas ramitas verdes, desconocidas para los señores convencionales. La Botánica venezolana es tan extraña como los hombres.—¿Y esto?—le preguntaron a la sirvienta. ¡Guá, como los señores son forasteros, no conocen los aliños que se usan en Valencia!—respondió la mestiza. Comieron con avidez. Era preciso preparar fuerzas para la jornada de la tarde. Los discursos de don Valentín Espinal duraban cinco horas. . . . Tomaron el café, encendieron la hoja fragante del capadare y se encerraron en sus habitaciones a meditar nuevos argumentos en contra del fuero. Pero no pasaron media hora entregados a dicha actividad civilista. Y he aquí que hasta la ensalada resultó partidaria del fuero. Todos sienten las bascas, el malestar y sudor frío que preludian la fiebre amarilla. Imposible seguir redactando el discurso. En el corredor se encontraban los diputados vestidos de negro y muy pálidos, camino de una actividad cada vez más veloz. No acudieron a la sesión de la tarde. Salió el fuero. Y cuando ya caía la noche y los sentidos se recobraban después del combate sin tregua—bochornosa tarde valenciana: calor y

dolor de estómago—oyeron una charanga que recorría las calles de la ciudad. Un negro iba adelante golpeando un tambor y el conjunto asesinaba la vieja canción patriótica:

Gloria al bravo pueblo  
que el yugo lanzó.

Se oían gritos: ¡Abajo los godos! ¡Viva el fuero!

Fué el último episodio civil de Venezuela. Los caudillos de la Federación ya no acudirían a obstrucciones tan inocentes como la de la ensalada. Y el propio año de 58, mientras mi padre regresaba de Valencia trayendo una de esas levitas—estilo don Pedro Gual—, que los sastres valencianos vendían a los convencionales, las levitas del poder civil, Martín Espinoza realizaba en la región de Portuguesa las primeras fechorías federales. *¡Patria para los negros y los indios!* era el lema de Martín Espinoza.

Las guerrillas se preparaban en los hatos distantes donde el llanero guarda las lanzas de los combates de otro tiempo: son engrosadas con los indios que en los islotes agrícolas en medio del inmenso mar ganadero cultivan el añil y el tabaco, caen a las fundaciones, dejando atónita a la peonada.

¿Qué saben los peones de lo que ocurre en el mundo, de quien gobierna ahora y lo que quieren hacer con ellos? Cada año aparece en la fundación un comisario del lejano Jefe Civil que viene a cobrar el subsidio.

Martín Espinoza les trae noticias frescas:

—Muchachos, debemos alzarnos contra los blancos. Tumbaron al General Monagas pa golvernos a la esclavitú y hasta nos quieren vender a los ingleses pa que ellos hagan jabón con nuestra carne e' cristianos.

En cada trastorno político, el espanto se pasea por los campos de Venezuela, con el rostro alargado de un inglés. Reminiscencia de los piratas o vecindad con la

Guayana Inglesa. Y como para convencerlos más, Martín Espinoza trae en su séquito al Adivino de Guanarito. Un indio que ha encantado culebras, sacado el gusano de las reses y producido ojos. Del cuello del Adivino pende una cruz negra. Es su instrumento de sugestión y de ensalmo. Ahora orienta como una brújula implacable los destinos de aquella turba. Mientras que Martín Espinoza se reserva lo natural e inmediato, entrega al Adivino el oscuro reino sobrenatural. Ambos son la guerra y la magia como en una historia primitiva. Se robaron—caudillo y sacerdote—dos alfombras de la iglesia parroquial de El Baúl y se revistieron con ellas como casullas eclesiásticas. Así sobresalen entre su gente harapienta.

—Le seguiremos, mi Coronel—dicen los hombres de las fundaciones.

Quienes no temen al Coronel, temen al Adivino. Y en el llano que se lanzan a conquistar hay entierros del tiempo de los jesuitas que nadie ha descubierto todavía y pueblos y fortunas de blancos que se quedaron allí porque el mar estaba demasiado lejos.

Hagamos patria pa nojotroj—dice Martín Espinoza. Y la patria para esta gente abandonada de las leyes, es algo que se cuenta, se toca y se goza. La pulpería donde había muchas latas de sardinas y damajuanas de caña y triquitraques y voladores, con que el peón venezolano gusta de quemar su gozo. Con sardinas, caña y voladores se arma una fiesta. Y la mujer, la hembra, cuya solicitud de auxilio no hace sino exacerbar el instinto:

—Bien güenaza la guaricha, mi Coronel.

El revólver con su cacha de nácar reluciente. Las espuelas de plata que le robaron al Cura. Tienen en medio de su barbarie unos ojos y un sentido decorativo infantil. Gustan de los sombreros «pelo-e-guama», de terciopelo suave y dorado. Les place llevar su gallo de pelea, de rojo plumaje y señorial copete, calentado

bajo la cobija, recostado contra el arzón de la montura. Gustan de oír el clamor del gallo saliendo de entre la cobija, como de la noche sale el día. El canto de ese gallo distingue las interminables horas llaneras. Madrugadita, la hora del café volón. Mediodía: alta mar del llano. Mediodía de acercarse a las matas por cogerles un poquito de sombra. Si mi mano fuera la de Dios, toda la sombra del llano, la acapararía en la palma. O la noche empezó a colgar sus chinchorros. . . .

Pero la sabana los llevó, como por equivocación, hasta donde blanquean las primeras casas de un pueblo. Son raros los pueblos en el llano. Este debe ser una de esas antiguas misiones de frailes de la época colonial, convertidas en orondos e improvisados municipios por la República. Seguramente hay godos en el pueblo. Martín Espinoza ordena:

—«Requisar» el pueblo y descubrir los godos.

Frecuentemente el pueblo está abandonado. Buscan la gente hasta en la destartalada sacristía de la Iglesia o en la casa cural. Tal vez uno de esos bobos de los pueblos, uno de esos bobos que padecen de imbombera y nada les place más que tenderse al sol como lagartos, fingiendo que desyerban el monte de la plaza—eterna preocupación de los municipios venezolanos—, les diga el camino que tomaron los godos. Una patrulla de soldados sale a buscarlos.

Con la nochecita ya regresan atraillando los prisioneros.

¡Godos condenaos! Si son blancos que no esperen armisticio; son cómplices de los ingleses. Quieren fabricar jabón con la carne de los pobres.

Entonces el Adivino se hace presente. Hombre extraño y selvático. Ni con su propia gente conversa. Es un delegado del mundo sobrenatural. Aparece como un sacrificador blandiendo su cruz negra en la mano. Anda agazapado y la alfombra con que se cu-

bre—la alfombra robada en El Baúl—acentúa su sacerdocio monstruoso. Sus ojos amarillos de camaleón se apoderan de los infelices. El Adivino nunca ha sonreído. Musita algo ininteligible; ancestrales palabras de brujería. Y de pronto el olfato; una indeclinable seguridad, como la del tigre, le atrajo hacia una víctima. Ya se paró frente al cuitado. El Adivino era todo fluido y aliento, como la boa. Impone silencio y un miedo que cose las bocas. Por último señaló con su horrible cruz.

Los soldados acuden. Y Martín Espinoza ordena: —Llévenlo a la vueltecita.

De la vueltecita jamás se regresa. Apenas cuando sonó el tiro o vino el grito, algunos reclutas amedrentados intentaron rezar. Pero el Jefe opinó:

—Si no, no le cogen miedo a la Revolución. No es por nojotroj: es por la Revolución.

Revolución (con mayúscula), Revolución que ordena a sus hombres matar y seguir. Así tras las turbas de Martín Espinoza, volaban por el cielo todos los zamuros del Llano.

Sin embargo, el caudillo era sobrio; admírese Ud. Bastábale su jícara de café volón y su mascada de tabaco. En todos los pueblos un espaldero le llevaba una mujer. El no se preocupaba de elegirla. Aceptaba el gusto de su espaldero. Su instinto no individualizaba. Mujer o jícara de café volón, son lo mismo. Se toman de un sorbo—son una necesidad—y se sigue por la llanura.

Errantes en la planicie inmensa presienten los ríos y la lejana tierra alegre donde hay morichales, mirando el color y el volumen de las nubes. El Adivino hace un signo y toman una ruta. Son almas inciertas, límites y venenosas también, como la misma tierra del Llano.

Don Venancio estaba en Barinas cuando se aproximaban los federales. Todavía Barinas conservaba esas casas de piedra que edificaron a fines del siglo XVIII los Marqueses del Cacao y del Tabaco. Ciudad más pretenciosa y más rica en cuentos, no existía en todo Venezuela. Afirmaban que el Marqués de Pumar—uno de los legendarios señores barineses—cuando ya no supo que hacer con sus tesoros, empezó a pavimentar su casa con redondos duros españoles; aquello debió ocurrir hacia 1808 cuando los navíos guipuzcoanos llevaban a Europa y pagaban como si fuera un metal precioso, el tabaco de Barinas. Era el mejor tabaco de Tierra Firme. Después vino la Independencia y la guerra a muerte y los negros fueron privando de sus metálicas baldosas la casa del Marqués. Ello es que mucha gente de ese tiempo dice haber posado sus plantas en el suelo de plata. Puede que sean fábulas. . . . El Marqués se fué de Barinas. Sobrevinieron años muy duros. Una horrible vegetación tropical se iba agarrando a los muros del palacio abandonado y vencíéndolo. Se propagó la fiebre amarilla.—¡Debe salir de las ruinas del palacio del Marqués!—Se despoblaba la ciudad, y entre los muros agrietados del Palacio penaban en la noche las almas de los esclavos que el Marqués condenara al tormento. Al Marqués también se le vió, caballero en un caballo negro que arrojaba chispas, atravesar como un viajero diabólico las calles de su ciudad soledosa. La gente que aún vivía, lanzóse a buscar entierros con desmedro de la propia hacienda.

En ninguna parte como en Barinas podían estudiarse mejor los efectos de la nobleza empobrecida, pero en ninguna parte tampoco, en el fondo de aquellas vastas salas que antes tuvieron muebles, arcones, candeleros, vargüenos, papeleras enconchadas, se escuchaba un castellano más puro y señorial. Cuando uno visitaba una de esas familias—Pulidos o Urízares—que extendieron su linaje por todo el país, nunca faltaba

con la «excusa por los malos tiempos» el fino obsequio: sangría o refresco de guanábana en labrada tachuela de plata. La «tachuela» era el último testimonio señorial. Y ese arte exquisito de disimular la necesidad y embellecer lo exiguo y reservarse para uno solo la pena, allí se practicaba con entera hidalguía. ¿Qué queréis? Los tiempos eran malos: el paludismo y la guerra destruían los hombres de la llanura, las reses se pudrían de gusanos y ya no era el tabaco barinés materia tan rica de exportación. Con las fábricas que los españoles tenían en Cuba, ¿cómo iban a competir los cigarrillos que liaban las señoritas Urízar? Cuando el General Páez fué Presidente siguió encargando su tabaco a Barinas; el General Páez como buen llanero todo lo pagaba en onzas. Es la unidad monetaria de esa gente tan orgullosa. Pero el General Páez también se fué, y la vida en vez de dirigirse de la ciudad a los hatos como en los sedentarios y prósperos días del Marqués de Pumar, se desbordaba destructora de los hatos a la ciudad. Piño de toros bravos que rompen el tranquero.

Luego hubo un Jefe Civil demasiado sensible que encontró malo el clima de Barinas y resolvió trasladar la cabecera departamental a Barinitas, mirando hacia la Cordillera. La gente entonces demolía las casas para ir a vender a Barinitas las tejas y el envigado. Entre los escombros anidaban las víboras.

Bueno—agrega Don Venancio—, yo estaba en Barinas cuando los federales se aproximaban. ¡Cuanto odio le tenían a la ciudad que era como un símbolo de la aristocracia criolla! A pesar de que la aristocracia criolla de Barinas se consumía de paludismo y hambre decorosa y dormía con los murciélagos en aquellas piezas enormes como cuadras, de vigas vencidas y descubiertas. Sestear en el chinchorro toda la pesada tarde llanera; fumar los tabacos que vendían, a cuartillo el paquete, las señoritas Urízar, tomar café—un

café tinto y sin dulce—y salir con la fresca de la tarde a ver esas nubes que vienen de la cordillera y parecen suavizar el paisaje tan bravo y tan llameante, parecía ser la ocupación de aquellos caballeros. Ya no esperaban nada. Barinas era una ciudad irremediable. Por ellos, que llegaron los federales. . . .

Pero había muchachas en Barinas. Muchachas de buena familia, blancas de una blancura preciosa que ya empezaba a escasear, que recibieron la educación y conocieron las maneras pulidas de otros tiempos más prósperos. Muchachas que eran de lo mejor de la sociedad venezolana. ¿Cómo dejarlas expuestas a los bárbaros? Era preciso emigrar, emigrar rápidamente antes de que llegaran los federales.

Recorrí la ciudad y me detuve en la casa de corredores donde, como todos los días, vestidas de blanco, largas y flacas por la aristocrática abstinencia, las niñas Urízar—Julia, Magdalena y Rosario—despachaban su diurna tarea de cigarrillos. Si la República tuviera una mitología, las señoritas Urízar representarían la Fatalidad, una Fatalidad más poderosa que el tiempo, sacando de un cofre familiar indefinido, la añeja picadura. Y quizá a las señoritas Urízar no les importaría que llegaran los federales. Vírgenes pálidas que se agostan en esos horribles pueblos de tierra caliente, como la flor de la cala. Las señoritas Urízar nunca hablaban del presente, para ellas no existía el presente, y a pesar de los días malos, en la vieja casa de corredores que ya se les derrumbaba, confiaban en unas misteriosas fuerzas familiares que en el tiempo oportuno acudirían a protegerlas. La familia Urízar tiene ramificaciones en todo Venezuela. Ellas pueden como las princesas de sangre, llamar «primos» a gentes que viven a muchas leguas a la redonda.

—Ud. conocerá a nuestro primo José de Jesús, que es abogado en Mérida.

En el «Gotha» de las señoritas Urízar hay además

generales y obispos y esos héroes de la Independencia, esos inútiles héroes de la Independencia; lastre y peso muerto de todas las familias venezolanas, cuyo recuerdo glorioso aplasta en vez de exaltar.

Abandoné a las señoritas Urízar que aquel día, aunque en irreprochable castellano, no me podían decir sino simplezas.

Y era el momento de obrar. La responsabilidad de que yo en ese instante por mis antecedentes de familia —en esto no dejo de ser venezolano— cargaba con el honor de todo un pueblo. Me dirigí donde don Hilario Rivera, único peje que engordaba en Barinas y que en los años de siesta democrática echó su anzuelo de hipotecas y préstamos usurarios, contra los hatos de la gente más noble y ociosa.

—Don Hilario—le dije—, mande buscar todos los caballos mansos que tenga en sus hatos. Es para organizar la emigración. Hay que poner a salvo las niñas barinesas. Ya llegan los federales.

Levanté mi blusa como al descuido para deslumbrar a don Hilario con la elocuencia de mi revólver «cacha e hueso» y sobre todo con la decisión que imponían mis veinticinco años.

—Bueno, niño Venancio. Y le agradezco que haya venido a verme, pa que se convenza de que yo soy su leal amigo y mejor barinés de lo que Ud. cree.

Como la guerra aún estaba indecisa, don Hilario miraba en mí un futuro coronel contrarrevolucionario.

Conseguidos los caballos, apearlos parecía más difícil. Las señoritas barinesas no montaban a caballo desde una cabalgata con que se recibió al prócer don Antonio de Febres Cordero, diez años antes. En esa pieza que en las casas venezolanas sirve de osario de las cosas viejas y que se llama «el sillero», se abandonaban sobre horquetas y empolvados «burros» de palo, los gualdrapas, los frenos rotos y los sudaderos.

—Podemos desentendernos de las gualdrapas. No

vamos a ninguna cabalgata. Y arreglemos los frenos, las monturas y los sudaderos.

—Señorita, búsquese una aguja de arria y arregle Ud. misma su sudadero.

En pocas horas yo había militarizado a Barinas. Tenía a mis órdenes y por el solo poder de mi palabra a toda la gente ágil y escotera. Jinete que aperó su caballo, jinete que iba a esperarnos en la plaza, bajo un chaguaramo. Siguiendo la costumbre llanera, la gente no podía prescindir de hacer entierros. Como ya no tenían onzas como en los tiempos del Marqués de Pumar, guardaban en un cantarito sus viejas joyas de filigrana, camafeos y miniaturas de familia y los enterraban. Algunos se quedaban alelados ante su entierro:

—Apúrese amigo, si no quiere que los federales lo hagan tasajo.

Este argumento siempre era convincente. El enterrador debía entregar a Dios y la Virgen su cantarito y montar:

—Barinas, hasta que te vuelva a ver. . . .

Nos pusimos en marcha como un batallón organizado. Yo y otros mozos como yo, teníamos el revólver y el cinturón apretado de balas para mantener el orden y custodiar las doncellas barinesas. A las señoritas Urizar que sólo habían hecho en su ya remota adolescencia un viaje de seis leguas a las fiestas patronales de Barinitas, hubo que darles a oler las sales confortativas del amoníaco. Yo estuve cruel con las señoritas Urizar:

—O Uds. se mejoran luego y no vuelven a sufrir de ahogos, o las dejamos abandonadas en pleno llano. No hay tiempo que perder, ni podemos comprometer la suerte de todos por los nervios de tres niñas solteras.

Desde ese momento las señoritas Urizar fueron impenetrables. Marchaban calladas sobre sus tres ye-

guas mansas, como cumpliendo un destino previsto desde el comienzo del mundo.

Quedó atrás Barinas. La torre trunca de la Iglesia Matriz que los hombres blancos no terminaron de hacer, como la patria, aún nos estuvo mirando durante un largo rato de sabana. Luego fué el horizonte, sin casas. . . .

Una tarde acampamos a las orillas del río Santo Domingo. El viento de la montaña llega hasta aquí quebrando sus agujas delgadas. Ya termina la llanura. Empiezan las primeras gradientes de la gran Cordillera. Hacia Occidente todo estaba envuelto en pesadas nubes. El Páramo de Santo Domingo y el de Piñango envían hacia la llanura sus aguas torrentosas y su aire cargado de electricidad. Pero más allá de ese paisaje oscuro están los verdes y sedentarios pueblos andinos donde madura la espiga del trigo que el llanero no conoce, donde las aguas son siempre claras porque descienden de los ventisqueros, y el sol—el terrible sol horizontal de la sabana—va patinando quietamente entre las nubes.

Nos lanzamos—nosotros, los hijos de tierra caliente—, en el paisaje frío. Los sentidos se van adormeciendo. El sol se ha perdido. Y por fin—como esos buscadores de orquídeas, perdidos en la montaña, cada vez más arriba, que en la más alta roca ven florecer el trémulo mayo blanco—por fin aparecían las primeras aldeas andinas. Casas que ya no se abren con la imprevisión de los caneyes llaneros. La piedra montañesa es más firme y hostil. Los hombres más reconcentrados.

Entre andinos y llaneros, como en el «pinto» y el «paro» de los arrieros que se encuentran en el alto de la cuesta, se desmontan, se afirman el puñal en el cinturón y extienden sus dados sobre la cobija como en un tapete, se había echado a rodar nuestro destino civil.